

¡Por la paz! ¡Abajo la diplomacia secreta!

León Trotsky

21 de noviembre de 1917

(Versión al castellano de Vicent Blat desde "For peace – Against Secret Diplomacy!", en *An Appeal to the Toiling, Opressed and Exhausted Peoples of Europe*, Penguin Books, Londres, 2008, páginas 46-52. Discurso pronunciado como Comisario de Asuntos Exteriores en el Circo Moderno de Petrogrado ante unos 12.000 asistentes)

En este edificio me dirigí a una asamblea popular el pasado 23 de octubre, la asamblea discutía sobre la cuestión de un Congreso Ruso. Todas las voces estaban a favor del poder de los soviets. A lo largo de los ocho meses de revolución, lo que el pueblo llevaba planteándose de forma más clara era la cuestión de la guerra o la paz; nosotros manteníamos que únicamente podía finalizar la matanza un poder cuya autoridad se basase directamente en el pueblo. Manteníamos que los tratados secretos tenían que hacerse públicos y declarábamos que el pueblo ruso no estaba obligado a llevar a cabo las conquistas acordadas en ellos porque no había firmado esos tratados. Nuestros enemigos nos contestaban que hacíamos demagogia. Decían: "Estando en el poder nunca osarías hacerlo porque entonces los aliados se tornarían contra nosotros". Pero seguíamos manteniendo que la salvación de Rusia radicaba en la paz. Decíamos que el carácter prolongado de la guerra estaba destruyendo la revolución, agotándola y destruyendo al país, y que cuanto más tiempo combatiésemos más sumisa sería la posición que ocuparíamos después, de forma que, al final, sólo tendríamos la posibilidad de elegir un amo.

Queríamos vivir y desarrollarnos como nación libre; pero para acordar la paz teníamos que derrocar el poder de la burguesía y Kerensky. Nos contestaban que nos quedaríamos sin ningún apoyo. Pero el 25 de octubre el soviet de Petrogrado asumió la iniciativa, así como la responsabilidad, y con la ayuda de la guarnición y los trabajadores ejecutó la insurrección y, presentándose ante el Congreso de los Soviets, dijo: "El viejo poder de este país está quebrado, ya no hay autoridad en ninguna parte y nos vemos obligados a tomar el poder en nuestras manos". Hemos dicho que la primera obligación del nuevo poder es plantear negociaciones de paz en todos los frentes para llegar a la firma de una paz sin anexiones ni indemnizaciones sobre la base de la autodeterminación de los pueblos, es decir, que cada uno de los pueblos decida por sí mismo mediante elecciones populares teniendo la última palabra: ¿desean formar parte de una confederación con su actual estado soberano, disfrutando de plena autonomía en su seno, o desean separarse de él y tener completa independencia? Tenemos que acabar con una situación en la que los fuertes pueden obligar a los débiles, por la fuerza de las armas, a que asuman las condiciones de vida que quieran aquéllos: cada pueblo, grande o pequeño, debe ser dueño de su propio destino. Este no es el programa de un partido ni, tampoco, de un soviet, sino del pueblo en su conjunto, excepto el del partido depredador que se atreve a llamarse Partido de la Libertad Popular, partido que en realidad es un enemigo de esa libertad popular, que lucha contra la paz, y lo hace con todas sus fuerzas, y contra el que hemos declarado nuestra más implacable hostilidad; exceptuando a ese partido, todo el pueblo ruso ha declarado que no tolerará el uso de la fuerza. Y con ese espíritu promulgamos nuestro decreto de paz.

Los cosacos de Krasnov se rebelaron el mismo día en que aprobamos ese decreto, y la existencia del poder soviético se vio amenazada. Inmediatamente tras la derrota de los cosacos, y después de que la autoridad de los soviets se viese así reforzada, nuestra primera medida fue, sin embargo, dirigirnos a las autoridades de los

Aliados y a las alemanas, al mismo tiempo, con una propuesta de negociaciones de paz en todos los frentes. Los cadetes y sus lacayos, nuestros enemigos, hablaban de que Alemania nos ignoraría, pero las cosas han pasado de manera diferente y ya tenemos el visto bueno de Alemania y el Imperio Austrohúngaro para llevar a cabo negociaciones de paz, y una paz preliminar basada en la formulación de los soviets. Antes de eso incluso, nada más conseguir las llaves de la caja donde se guardaba la correspondencia diplomática secreta, hicimos públicos los tratados secretos, y así cumplimos con una obligación que contrajimos ante el pueblo cuando aún éramos un insignificante partido de la oposición. Entonces decíamos que un pueblo no debe derramar ni su sangre ni la de sus hermanos en nombre de unos tratados que ni ha firmado ni ha leído nunca, que ni tan siquiera ha visto. Y lo seguimos diciendo. A esas palabras, que eran mías, los partidarios de la Alianza respondieron: “No nos digas esas palabras, no estamos en el Circo Moderno”. Les contesté que sólo tengo una forma de hablar, la forma en la que habla un socialista y así es como le hablaré al país y a vosotros, a los Aliados y a los alemanes.

A los seguidores de la coalición, que tienen espíritu de liebre, les parecía que publicitar los tratados secretos era igual que obligar a Inglaterra y Francia a que nos declarasen la guerra. Pero no comprendían que, a lo largo de toda la guerra, sus círculos dirigentes han estado convenciendo a la gente de que el enemigo traicionero y cruel es Alemania y que Rusia es una tierra noble, y que, por tanto, en el plazo de veinticuatro horas les resultaría imposible convencerles de lo contrario. Publicando los tratados secretos nos hemos granjeado la enemistad de las clases gobernantes de aquellos países, pero a cambio hemos ganado el apoyo de sus pueblos. No firmaremos una paz entre diplomáticos; será una paz entre los pueblos, una paz entre soldados, una paz verdadera. Y el resultado de nuestra política abierta estaba claro: Judson se presentó en el Instituto Smolny y, en nombre de los Estados Unidos, dijo que las protestas ante el estado mayor de Dujonin contra el nuevo poder no eran más que un malentendido, y que los Estados Unidos no deseaban inmiscuirse en los asuntos internos de Rusia; y, por lo tanto, quedó zanjada la cuestión de Estados Unidos.

Sin embargo existe otro conflicto que todavía no está resuelto. Tengo que hablaros de él. A consecuencia de la lucha por la paz que George Chicherin (que ha puesto su riqueza y conocimientos al servicio de los pueblos de Rusia, Inglaterra, Alemania y Francia) y el valiente agitador de los trabajadores ingleses, el exiliado Petrov, llevan a cabo, el gobierno inglés los ha detenido y actualmente los mantiene encerrados en un campo de concentración. Le he escrito a la embajada inglesa diciéndole que ahora Rusia está permitiendo la presencia en el interior de sus fronteras de muchos ingleses adinerados que participan en conspiraciones contrarrevolucionarias con la burguesía rusa y que, en consecuencia, aun éramos menos proclives a consentir que se arrojase a las cárceles inglesas a ciudadanos rusos y que, por consiguiente, se debía liberar inmediatamente a todos los ciudadanos rusos contra los que no hubiese cargos penales. Si esa petición no era atendida, eso implicaría que nosotros denegaríamos la concesión de pasaportes a los súbditos ingleses que desearan salir de Rusia. El poder popular soviético es responsable del bienestar de todo el pueblo, allí donde estén sus ciudadanos gozan de la protección de ese poder. Aunque Kerensky se dirija a los Aliados como un dependiente de tienda se dirige a su jefe, nosotros estamos dispuestos a demostrar que conviviremos con ellos únicamente en términos de igualdad. Hemos dicho más de una vez que quien quiera contar con el apoyo y amistad del independiente y libre pueblo ruso tiene que dirigirse a él con respeto hacia las personas y su dignidad humana.

Tras adueñarse del poder los soviets, propusimos negociaciones de paz en nombre del pueblo ruso. Teníamos derecho hablar en nombre del pueblo en cuanto a todo lo que proponíamos igualmente que todo el programa de los comisarios del pueblo se compone de principios y propuestas votados y aprobados en cientos y miles de soviets, en las fábricas y talleres, es decir, votados y aprobados por todo el pueblo. Nuestra delegación hablará con un lenguaje franco y valiente: ¿estáis de acuerdo en que celebremos inmediatamente una conferencia de paz en todos los frentes? Si dicen que sí, les pediremos que apremien a sus gobiernos y aliados a que envíen a sus delegados. Nuestra segunda pregunta será: ¿queréis concluir una paz basada en fundamentos democráticos? Si nos vemos obligados a concluir la paz solos le comunicaremos a Alemania que no es admisible que traslade sus tropas desde el frente ruso a otros frentes puesto que le estamos ofreciendo una paz honorable, y no podemos permitirle aplastar a Francia e Inglaterra gracias de esa paz.

Durante las negociaciones no toleraremos ni un instante la diplomacia secreta. Nuestros boletines y servicio radiofónico mantendrán informadas a todas las naciones de todas y cada una de las propuestas que realicemos, y de las respuestas que reciban por parte de Alemania. Nos sentaremos dentro de una casa de cristal, por decirlo así, y los soldados alemanes estarán informados de cada paso que demos y de cada respuesta de Alemania gracias a los miles de periódicos escritos en alemán que les repartiremos.

Afirmamos que Lituania y Curlandia tienen que decidir por sí mismas a quién quieren unir sus fuerzas, y que Alemania tiene que hacer caso de la libre expresión de la voluntad del pueblo no solamente con palabras, sino también con actos. Si tras estas sinceras y honorables declaraciones, el káiser no quiere firmar la paz, si la banca y la bolsa, que se benefician de la guerra, destruyen nuestra paz, entonces las naciones verán de qué parte está la razón y saldremos muy reforzados mientras que, por el contrario, el káiser y los financieros saldrán muy debilitados. Notaremos que no hemos salido perdedores sino vencedores, pues la paz tiene sus victorias, que no son menos prestigiosas que la guerra. Los zares temen que se firme la paz y que el pueblo les pida que rindan cuentas por todos los grandes sacrificios que ha realizado y por la sangre que ha derramado. Si Alemania acepta las negociaciones de paz está haciendo caso a la voluntad de su pueblo, sabe que su pueblo quiere que Alemania responda y que, si no responde, la revolución rusa se convertirá en aliada del pueblo alemán. Inglaterra y Francia deberían incorporarse a las discusiones sobre la firma de la paz, sin embargo, si no lo hacen, los echará a la calle su mismo pueblo que estará al día de la marcha de las negociaciones. En la mesa de paz, los representantes de Rusia serán la parte demandante; el pueblo juzgará a sus gobernantes. Nuestra experiencia en la forma en que los gobernantes han tratado a sus pueblos durante los cuarenta meses de la guerra no se ha desperdiciado. A nuestros hermanos, en vuestro nombre, les diremos: ¡tened muy claro que acto seguido a que dirijáis vuestras fuerzas revolucionarias contra vuestra burguesía, ningún soldado ruso disparará! Haremos esa promesa en vuestro nombre y vosotros la mantendréis.

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es